

# El Malo



Noah Evans

Natalia es periodista de investigación. En el gremio es conocida por sus extremas investigaciones y se refieren a ella como «La Fatalé».

Esta vez busca el caso que la catapulte a su verdadero objetivo, un puesto en el centro de investigación más importante del país. Está decidida a introducirse de lleno en una red de mafia internacional que acaba de asentarse en España.

Natalia sabe que sola es complicado hacer tan arduo trabajo y salir indemne, pero solo puede contar con la ayuda de una de sus mejores amigas, Vicky. A pesar de su nula experiencia y su alocado carácter, Natalia cree que Vicky puede ser una buena opción para no levantar sospechas.

## Prólogo

Tenía en el escritorio una montaña de carpetas. Las apilaba una sobre otra con genio.

*Hago el trabajo y el mérito se lo llevan otros.*

Llevaba año y medio trabajando para la productora. Había llegado a resolver algunos casos. Aunque si era sincera, destacables, solo dos. Aun así, su carrera estaba estancada, No como la de algunos de sus compañeros con ascensos considerables o fichados por algún centro de investigación nacional.

Acabó de apilar los ficheros mientras los compañeros más cercanos la observaban contrariados por el ruido.

*Panda de inútiles enchufados.*

Había hecho trabajo de campo durante aquellos dieciocho meses, que se traducían en meterse en más líos de los que debiera. En montañas de basura, en los peores barrios del país y lo que era peor, entre gente verdaderamente peligrosa.

*Sola, completamente sola.*

Ella, una mochila, una nano cámara y su perro Nanuk, un cruce de Alaskan Malamute enorme entrenado por el hermano de una de sus amigas. Natalia había sido el enlace con la policía para resolver el caso de La Bestia, un asesino en serie, un depredador, alguien al que tuvo que mirar a los ojos y no temblar hasta que reunió pruebas suficientes para demostrar al equipo de investigadores que era él.

Suspiró con furia, realmente pensaba que aquel iba a ser su ascenso, su reconocimiento.

*Pero solo sigo siendo La Fatalé.*

El reconocimiento se lo llevó su superior, alguien que también deseaba un ansiado puesto en el mayor centro de investigación, donde estaban los mejores.

*Pero es un puto mediocre. Lo sabe y por esa razón no me deja brillar a mí, porque sabe que el puesto sería mío.*

Lo peor que podía pasar en una carrera profesional, era tener a alguien más incapaz un eslabón por encima, suficiente para tener topes y encontrar trabas que no la dejaran llevarse los méritos que, a su parecer, merecía.

*Pero se acabó, le van a dar por culo a todos.*

Tenía contactos, los suficientes como para saltarse la burocracia de la empresa e indagar por su cuenta. Entornó los ojos hacia el nuevo caso impuesto por su jefe.

*Huesos de hace más de cien años. A nadie le interesa cómo murieron estas pobres criaturas.*

Cuanto más límites le imponían, más ansiaba avanzar y dar el salto definitivo. Sabía que era joven, apenas veintiséis años, pero solía ser impaciente con todo en la vida y en el trabajo no iba a ser menos. Apartó la archivadora del caso.

*Necesito algo gordo, algo gordo de verdad.*

Miró a su alrededor.

*Y echarles la pata a todos estos.*

Se colgó el bolso y se dispuso a salir.

—Natalia. —Oyó la voz de su jefe.

Se giró hacia él y tuvo que bajar la vista para mirarlo.

—¿Dónde vas? —preguntó y su voz sonó a reproche.

—A coger unas merecidas vacaciones —respondió mientras se disponía a darse la vuelta y darle la espalda.

Él la rodeó para ponerse frente a ella.

—¿Justo cuando tenemos un nuevo proyecto? Sabes que no puedes —dijo y su voz sonó autoritaria.

Natalia entornó sus ojos hacia él, aquellos ojos de iris transparentes que, a pesar de parecer inocentes, llegaban a intimidar tanto como la mirada de los criminales que solía

investigar. Vio a su pequeño jefe arquear levemente el cuerpo hacia atrás.

—Lo que no puedo es trabajar sin descanso durante más de dieciocho meses —respondió. Cogió una carpeta y se la dio—. Hazlo tú, o envía a otro.

Miró hacia su alrededor. Demasiados trajes y zapatos relucientes. Nadie se metería en las cloacas en las que solía meterse ella.

—La mayoría de tus empleados salen del baño con un cerco de orina en los pantalones —añadió y su jefe arqueó las cejas, abochornado—. Será mejor que lleven pañales cuando hagan trabajo de campo. Se mearán encima cuando estén delante de criminales de verdad.

Lo vio apretar la mandíbula mientras ella se colocaba bien el bolso y se apartaba de él.

—¿Te crees imprescindible? —Lo oyó decir—. Aquí nadie es imprescindible.

Natalia se giró de nuevo hacia él. Sabía que varios empleados estaban siendo conscientes de la disputa y los observaban, algo que le era completamente indiferente. Natalia se acercó a su jefe e inclinó su cuerpo hacia él.

—He caminado sobre suelos cubiertos de jeringuillas, pasé doce horas en el interior de un pozo junto a un cadáver que llevaba allí diez años descomponiéndose... —Se acercó aún más—. Me han amenazado, robado, pegado, apuñalado y apuntado con una pistola en la cabeza.

Resopló con furia.

—No soy imprescindible, pero creo que aquí no hay nadie que quiera prescindir de mí —concluyó.

Alzó las cejas sabiendo que no obtendría respuesta.

*Ni siquiera tienes cojones conmigo. ¿Los vas a tener con los malos?*

—¿Y cuándo piensas volver? —Lo oyó alzando la voz, esta vez le salió más aguda, cuando ella ya estaba cerca de la puerta de cristal.

*Acojonado, a ver qué le va a decir a los de arriba cuando no haya avances en ningún frente.*

Natalia levantó una mano.

—¿En un mes? —Abrió la puerta sin mirar atrás.

*O nunca, pedazo de capullo.*

Dejó caer la puerta y esta se cerró.

*No pienso volver aquí como una paria de la profesión.*

Cogió aire con fuerza, a través de los cristales podía verse la oficina completa.

*Que os den a todos.*

Se montó en el autobús que la llevaba a su casa. Tenía preparadas las maletas en el dormitorio. Llevaba un tiempo interesada en cierto asentamiento de mafia internacional en una isla del país. Al parecer, los famosos Valkyrie se habían inclinado de nuevo por el cálido clima español. Intentó indagar con un contacto de la policía y otro del centro de investigación. Ninguno de ellos colaboró demasiado con ella. Supuso que el exceso de burocracia, el secreto de las investigaciones o bien la corrupción que solía haber en aquellos temas, lo hacían realmente complicado.

*O la falta de huevos, que también abunda por estos lares.*

Le impedían acceder a más información que la que podía conseguir por sí misma.

Miró su móvil. Vicky no le había enviado ningún mensaje. Necesitaba un favor de una de sus mejores amigas. El padre de Vicky tenía una casa en la isla que le interesaba, justo en la urbanización de súper-lujo donde, según sus cábalas, estaba gran parte de la gentuza que necesitaba investigar. Y era una suerte, por sus propios medios era imposible acceder a una casa de dieciséis millones, ni siquiera su productora invertiría en algo como aquello. Solían ser bastante escuetos con el presupuesto de los proyectos.

Al fin sonó su móvil.

«Tengo que hablar contigo, Fatalé. Te veo en tu casa».

Extraño mensaje de Vicky. Solo había quedado con ella en que preguntaría si la casa del gran empresario estaba libre. Desconocía qué querría hablar con ella.

Entornó los ojos hacia el nombre que su amiga había utilizado para referirse a ella. Un mote de su época universitaria, una broma entre amigas. Y, sin embargo, había perdurado en el tiempo y amplió su ámbito, convirtiéndose en el verdadero apellido que acompañaba su nombre en el gremio.

Suspiró.

*En cambio, nadie parece saber que existe Natalia Ayala. Ni un puñetero reconocimiento.*

No daba el perfil, era joven, era temeraria, y a veces sus métodos no eran ortodoxos.

*Pero son prácticos y funcionan. Por eso siempre me mandan a mí a los marrones.*

Se bajó del bus. Su madre aún no había llegado a casa, así que se dirigió hacia su dormitorio, que ya tenía lleno de maletas.

Oyó el timbre. Vicky no se había demorado. Su amiga se alegró de verla tanto como lo hacía siempre, con aquella forma de abrazarla que llegaba a doler.

—Te traigo dos buenas noticias —le dijo a modo de saludo.

Oír buenas noticias de la voz de Vicky, no sabía hasta qué punto era buena cosa. La miró de reojo. Era una delgada joven de pelo platino, labios gruesos y pecho más que llamativo. Como hija de uno de los empresarios españoles más exitosos, su vida era una locura constante. Comenzar mil cosas y no acabar ninguna parecía ser la última filosofía de su gran amiga, cuyo apellido era tan conocido, que daba miedo pronunciar.

Natalia arqueó las cejas.

—La casa está libre y es tuya el tiempo que necesites —le dijo dándole unos papeles—. Pero el administrador de mi padre no se fía de ti y quiere hacerte un contrato de al-

quiler durante un mes. No pagarás, pero no tendrás ninguna relación con nosotros.

Natalia arqueó aún más las cejas.

—No se fía de que la líes demasiado y nos quemen la casa, ya sabes —añadió su amiga—. Realmente no ha dicho eso. Ha dicho que no quiere líos si apareces muerta.

Vicky hizo una mueca.

—Y eso que no le he contado tus planes, solo que necesitabas unas pequeñas vacaciones. —Volvió a hacer una mueca—. Pero es el padre de un viejo amigo tuyo, cuyo nombre ni siquiera recordarás, pero te aseguro que él sí que te recuerda a ti.

*Me alegra que haya tanta confianza en mí.*

Natalia levantó una mano para que cambiara de tema. No tenía ni idea de quién podría ser, ni tenía el menor interés. Vicky la entendió enseguida y sonriendo, abrió los brazos.

—La otra buena noticia es... —Sonrió con aquella cara despreocupada típica de quien no tiene en qué ocupar el tiempo—. Que me voy contigo.

—¿Qué? —Natalia se sobresaltó. Enseguida negó con la cabeza.

*Ni en broma te llevo yo. Me vas a tirar al suelo el poco prestigio que he logrado conseguir.*

—Sí. —Vicky le cogió las manos—. Por favor.

Natalia la miró a los ojos.

—No puedo llevarte, Vicky —le respondió como si le estuviese hablando a una niña pequeña—. No tienes experiencia, esto no es jugar.

Vicky negó con la cabeza.

—Por eso quiero aprender, quiero que me enseñes. —Soltó la mano y miró a un lado—. Estoy harta de que mi vida sea así. Necesito hacer algo por mí misma, como hacen mis hermanos.

Miró a Natalia y esta le vio los ojos redondeados, le recordó al gato con botas de la película *Shrek*.

*Qué teatrera. Pues no se le daría mal, no. Victoria Fata-lé, suena bien.*

Negó con la cabeza a la vez que reía. Era una completa locura.

—Puedes enseñarme, lo haremos juntas —insistió—. Yo necesito una luz o me tiro por un puente. Y tú necesitas ayuda.

Vicky levantó una mano.

—Sola darás el cante como no imaginas —seguía diciendo Vicky con aquella voz alegre que contrastaba con la supuesta depresión que tenía por su reciente crisis existencial—. Necesito una dosis de realidad, ¿sabes? Y creo que es el momento perfecto.

Natalia entornó los ojos hacia ella.

—Vicky —comenzó—. ¿Realmente sabes en qué consiste mi trabajo?

La joven sonrió de nuevo, como si fuese una azafata de avión.

—Persigues a los malos —respondió.

Natalia negó con la cabeza.

—Me meto en líos que pueden costarme la vida —corrigió.

Vicky la miró con ternura. Le acarició la cara y le soltó el pelo tras la oreja para que le cayera sobre la mejilla.

—No sabes lo que me gustaría ser tú —añadió—. Eres fuerte, valiente... —resopló—. Haces cosas que no se atrevería a hacer nadie que conozco. Joder tía, eres una super heroína. Yo me paso el día viendo la tele, enviándoos *WhatsApp*, de tienda en tienda o mirando al techo. Soy una inútil. Quiero ser como tú.

Natalia entornó los ojos hacia ella.

—Olvida las películas y las series —le respondió Natalia—. Todo es más cutre que como lo pintan. Aquí puedes acabar con un tiro en la cabeza.

Vicky la miró de reojo y sacó los labios hacia fuera. Natalia fue consciente de que los labios de Vicky habían en-

gordado de forma considerable desde la última vez que la vio. Tenía la nariz operada desde hacía años y ahora con el aumento de labios, la naturalidad de su nariz se disipaba, resaltando más lo artificial.

—¿Tan malos son los que vas a investigar? —le preguntó con un tono de voz grave, casi morbosa.

Natalia ladeó la cabeza sin dejar de mirarla, perdida en sus pensamientos.

*Esta sí que no da el perfil. Nadie sospecharía.*

Abrió sus ojos celestes grisáceos hacia los de color miel de Vicky.

*Que Dios esté con nosotras.*

—Vale —le respondió y Vicky se sobresaltó, contrariada por la facilidad con la que la había convencido. Natalia era dura de narices.

—¿Vale? —Alzó las cejas.

—Sí —le confirmó Natalia—. Serás inútil, una carga y quizás acabemos fiambres dentro de una bolsa de plástico. Pero sí, te llevaré conmigo.

Le dio un toque en la barbilla para que Vicky saliera de su asombro, del subidón o del cague que quizás la había invadido cuando fue consciente de las palabras de Natalia.

Esta la señaló con el dedo.

—Pero si la cosa se pone muy fea, te quitarás de en medio, ¿ok? —le advirtió Natalia.

Vicky asintió sin cambiar su expresión.

—Ahora ven. —Tiró de Vicky hacia su dormitorio—. Te presentaré a nuestros nuevos mejores amigos.

Vicky la siguió hasta su escritorio.

—¿Nanuk vendrá con nosotros? —preguntó Vicky.

—Claro. —Natalia nunca prescindía de su perro.

Vicky frunció el ceño.

—¿Y por qué lo tiene ahora mi hermano? —Vicky miraba los planos y papeles que Natalia tenía sobre la mesa.

—Porque necesita repasar su educación de vez en cuando. —Natalia quitó el plano del centro de la mesa—. Es un

perro muuuuy complicado.

Vicky rio al oírla. Natalia cogió un bolígrafo.

—¿Has oído hablar de Los Valkyrie? —le preguntó Natalia.

Vicky negó con la cabeza.

—No, pero suena a vampiros. —Rio con inocencia.

Natalia alzó levemente las cejas, estuvo a punto de soltarle una burrada, sin embargo, miró hacia sus papeles y cogió aire.

—Pertenece a la mafia antigua, a los originales —explicó con tranquilidad. Era consciente de que con Vicky había que tener paciencia.

—¿Como los de *El Padrino*? —Vicky se apoyó con los codos en la mesa—. ¿Los Corleone?

Natalia la miró de reojo.

—Te he dicho que te olvides de las películas —le reprochó. Suspiró mirando de nuevo sus carpetas—. Viktor Valkyrie era un capo durísimo, de hecho, logró zafarse de la policía en todos los países. —Natalia hizo una mueca—. Murió hace cinco años, después de haber montado la mayor red de mafia en Europa. Una auténtica tela de araña, ni te imaginas.

—Pero está muerto. —Vicky no dejaba de mirar los garabatos de Natalia—. ¿Qué problema hay?

—Que tiene un hijo vivo. —Natalia hizo un círculo con el boli—. Y es a por él a por el que quiero ir.

Vicky miró el interior del círculo que había dibujado su amiga, había un nombre: Erik. Levantó la cabeza para mirar a Natalia.

—¿Quieres investigar al tío más malo de Europa? —le preguntó con ironía—. Tía, siempre tuviste una tara, pero esta vez se te ha ido la olla de verdad.

Natalia rio negando con la cabeza. Se enderezó y se puso una mano en la cintura.

—Estoy harta de mediocridades —respondió—. Ahora quiero dar un palo de los gordos. Quiero que todo el mun-

do se entere de verdad de quién soy y de lo que soy capaz de hacer.

Vicky entornó los ojos, casi divertida. Observó detenidamente a su amiga Natalia. Hasta para una mujer, Natalia podría ser un auténtico icono de sensualidad. La forma ovalada de su cara, sus enormes ojos transparentes, la tez dorada y unos labios enormes, que solía pintarse de un tono nude natural para no resaltarlos más.

—El palo seguramente nos lo llevemos nosotras —le dijo Vicky convencida y Natalia rio.

—Si me haces caso. —La fulminó con la mirada—. Si te lo tomas en serio, nuestras probabilidades de sobrevivir aumentan.

Vicky entornó los ojos.

—¿Y ese aumento las hace numerosas? —El tono de Vicky le dio a entender que quizás era más que consciente de lo que pensaba y de dónde iban a meterse. Pero sorprendentemente, no pareció importarle demasiado.

Era lo admirable de Vicky. Su forma de ver las cosas, el blanco contra el negro. Eso eran Vicky y ella. Quizás la posibilidad de tenerla con ella le viniese bien.

*O quizás vaya directa a la bolsa de plástico.*

Vicky miró las hojas con los garabatos de Natalia y se mordió el labio inferior.

—Si la palmamos, ¿será rápido? —le preguntó levantando la mirada hacia ella—. ¿Un tiro en la cabeza sin más?

Natalia ladeó la cabeza. Sabía que la mente de Vicky volvía a divagar por aquellas películas de acción y las torturas que a veces se encontraban en ellas.

—Si nos pillan, te prometo que nos rendiremos, les daremos las grabaciones y toda la información que hayamos conseguido, a cambio de un tiro en la cabeza.

Vicky entornó los ojos hacia ella.

—¿Rendirte tú? —Negó la cabeza con ironía.

Natalia bajó la cabeza sin dejar de mirarla.

—No estoy sola, no tendré elección. —Apretó los labios en una sonrisa—. De todas formas, ya te he dicho que en cuanto la cosa se ponga fea, te irás.

Vicky dio un paso atrás y suspiró. Luego le tendió la mano a Natalia.

—Hecho —dijo la rubia.

Natalia se la estrechó.

*Qué puñetera locura.*

Vicky se marchó llevándose consigo el papel que había garabateado Natalia. El móvil no tardó en llenarse de audios. Temió accionarlos, sabía perfectamente la reacción que Claudia y Mayte tendrían a la noticia que Vicky se habría apresurado en darles.

Natalia se sentó en el suelo y apoyó su espalda en la cama. Quizás se había apresurado demasiado en tomar la decisión. Pero tenía que ser sincera, ella sola con su perro, levantaría sospechas. Con Vicky las posibilidades de inventar una identidad y una vida, serían mucho más numerosas. Suspiró. Accionó el primer audio.

—No me lo creo. —Se oía la voz de Mayte—. Esto es otra broma de las tuyas.

Natalia miró el chat. Habían estado toda la noche echándole piropos al nuevo león de Claudia, un león de dos centímetros reflejado en una ecografía en la que no se veía absolutamente nada, pero que para todas resultaba una monada. Sin embargo, ahora la conversación se había tornado más sombría. Era la magia de aquel chat. Cuatro amigas, cuatro vidas completamente diferentes y según a quién apuntara la flecha en cada momento, la conversación y la sensación al conversar, era completamente diferente. Ahora el tema era ella, La Fatalé.

*Dicen que soy el fuego. Pero siempre que se habla de mí, todo es oscuridad, incertidumbre y miedo.*

Se acercó el móvil a la boca.

—Dice la verdad —grabó—. Se viene conmigo.

Se hizo el silencio, supuso que sus amigas necesitarían un tiempo para digerir. Al fin sonó el móvil.

—Natalia. —Se oyó la voz de Claudia—. ¿Estás completamente loca?

—Gracias por tenerme en tan gran estima. —Se oyó el audio de Vicky protestando—. ¿Por qué estáis tan seguras de que voy a meter la pata? Lo mismo la pata la mete Natalia.

Se oyó la risa de Mayte en otro audio, ni siquiera había podido grabar una frase. En un segundo intento, logró controlar la risa.

—Vicky tras El Malo. ¿Hola, Natalia? —Mayte aguantaba la risa—. Os van a pillar a la primera.

Natalia cogió aire.

—Confío en ella. Está madurando —respondió sin ironía alguna.

*No está madurando una mierda, pero siento que debo llevarla.*

—Bueno, si es tu decisión... —Mayte dejó de reír. Natalia siempre conseguía que cuando su voz se escuchaba segura, sus amigas se enderezaran. Quizás eso sería una ventaja respecto a Vicky.

Se rascó la parte posterior de la cabeza mientras escuchaba los audios del resto. Vicky estaba realmente ilusionada.

*Como si fuese a debutar en una película. De verdad que su realidad está realmente distorsionada.*

Se puso la mano en la frente.

*Madre mía, yo creo que aún no soy consciente de lo que voy a hacer llevándola conmigo.*

## 1

Goyle tuvo que inclinar su cuerpo para atravesar la puerta. Erik estaba sentado tras su mesa de cristal. Tenía cuatro móviles sobre la mesa, pero estaba atento a la pantalla del ordenador, donde estaba viendo la situación exacta de varios barcos. Valeria estaba apoyada en el respaldo del sillón de Erik. Ella enseguida se fijó en el enorme Goyle. Dos metros con siete centímetros no podían pasar desapercibidos ni siquiera en un amplio despacho.

—Hay movimiento en la calle —dijo Goyle con su voz ronca y tranquila.

Erik levantó la cabeza hacia él.

—¿En la calle? —Valeria se irguió para colocar su glúteo en el reposabrazos del sillón de Erik. Alzó las cejas divertida—. ¿Tan pronto va a comenzar la fiesta?

Goyle negó con la cabeza.

—Dos casas más abajo. —Goyle se detuvo frente la mesa de Erik—. Acaban de llegar dos jóvenes y un perro.

Valeria se echó a reír.

—Menuda amenaza —le dijo al gigante. Luego inclinó su cuerpo hacia Erik—. ¿Son guapas? Podríamos enviar a alguien para que indague.

Goyle miró serio a Valeria, ofendido por su ironía. Erik negó con la cabeza.

—Si las ha enviado alguien, sí que son una amenaza. —Volvió a dirigirse al monitor del ordenador.

—¿Espías? —Se extrañó Valeria—. Deben estar locos.